

EL SENTIDO DE LA VIGENCIA PERENNE DEL TOMISMO

1. - *Concepción o sistematización subjetiva de la Filosofía.* La concepción filosófica puede organizarse a la manera de una visión o *teoría*, que su autor elabora para ubicar y dar explicación de los diferentes aspectos de la realidad en una visión coherente de la misma. Se trata de una concepción fundamentalmente creada por el sujeto para alcanzar una visión que organice y ponga orden y unidad en el mundo; se trata de un *ordenamiento subjetivo* impuesto a un conjunto de *hechos o fenómenos objetivos de una realidad, inalcanzable en sí misma* o en su trascendencia, y que se funda en una *posición agnóstica*.

Después de observar los hechos dados en la conciencia y fundándose sin duda en ellos, *se adopta* un principio que pueda ordenarlos en una visión unitaria coherente, es decir, que pueda *conferirles unidad sistemática*. En esta hipótesis, el *sistema* o coherencia de las proposiciones que constituyen la visión filosófica de la realidad, aunque de algún modo tenga en cuenta y se funde en ésta, es un elemento fundamentalmente *subjetivo*. Es el *sujeto*, el intelecto del filósofo, la fuente de unidad sistemática que articula los diferentes aspectos o fenómenos de la realidad. Los entes mundanos o, mejor, sus manifestaciones múltiples y diversas, logran *orden* en la visión subjetiva del filósofo que las organiza en un todo sistemático. El conjunto de manifestaciones objetivas son como atravesadas por un filamento subjetivo que les otorga armónica unidad, a la manera de la cadena de un rosario que pone en fila el conjunto de sus cuentas.

Es innegable que muchos sistemas filosóficos se han organizado y se organizan aún hoy *a priori*, como una *manera de ver o interpretar las cosas* o, mejor, sus manifestaciones, y no como una de-velación del ser y sus exigencias ante el entendimiento. Se trata de verdaderas *Weltanschauungen* o *cosmovisiones de elaboración subjetiva*.

Bastaría recordar los sistemas de los grandes idealistas trascendentales del siglo pasado, tales como Fichte, Schelling, Hegel y del presente, como Croce y Gentile. Sin negar los grandes descubrimientos encerrados en tales concepciones, es innegable el carácter *a priori* de *índole subjetiva* que los informa y sistematiza.

En el origen de todas estas sistematizaciones subjetivas debernos colocar a Kant. Porque paradójicamente el *criticismo kantiano* no se funda en una *actitud rigurosamente crítica*, puesto que, al reducir el objeto del conocimiento a un *puro fenómeno o aparecer, destituido de ser*, en el planteo mismo del problema, Kant ha deformado arbitrariamente, sin crítica, los datos mismos de la conciencia; los cuales, lejos de manifestarse como puros fenómenos subjetivos, adquieren el carácter de una actividad intencional, en la unidad de cuyo acto el objeto se hace presente al sujeto desde su realidad en sí o trascendente, y, por ende, como irreductible a él. El objeto, dado como ser trascendente al acto intelectual en el que se de-vela, ha sido mutilado en el criticismo kantiano de su realidad en sí y reducido a un mero aparecer o *fenómeno* dado en la conciencia trascendental; y tal objetividad trascendente, inmediatamente dada en la conciencia, ha sido sustituida y explicada por una cuidadosa y alambicada *construcción subjetiva a priori*. El objeto no es dado, sino *construido* por los modos o *formas a priori* de la inteligencia; así como los *datos* son transformados en *fenómenos* mediante las *formas subjetivas a priori* de la sensibilidad.

El sistema kantiano, con los idealistas que le siguen, es el prototipo de *Weltanschauung* u *organización filosófica sistemática subjetiva*, que, al decir de Maritain¹, más que filosofía es una *logosofía*, pues no funda su concepción en la realidad, no se construye como expresión de un ser trascendente descubierto, sino como elaboración subjetiva.

2. - *La Filosofía como de-velación del ser trascendente y de sus exigencias ontológicas.* Frente a esa Filosofía como *Weltanschauung* o *construcción subjetiva a priori* de la realidad, se ubica la verdadera filosofía, que intenta *de-velar el ser trascendente*, aprehenderlo en lo que realmente es y en lo que él exige para ser, a saber, en sus principios y causas ontológicas, que lo constituyen, y en las normas morales y técnico-artísticas que guían la actividad humana para su actualización o perfeccionamiento ontológico. No se trata de una elaboración subjetiva, sino de la aprehensión y *presencia* misma del *ser en la inteligencia*, sin aditamentos ni deformaciones subjetivas. No se trata tampoco de una captación del ser total, que de una vez por todas nos ponga en posesión

plena y perfecta del ser en toda su compleja e infinita realidad y en todas sus facetas, ni siquiera de una de-velación exhaustiva de algunos de sus aspectos, que torne inútil todo ulterior esfuerzo de profundización en el mismo. Tal visión exhaustiva del ser no ha existido nunca y es imposible al hombre en su vida terrena, donde conoce por aspectos o *conceptos* de la realidad, inagotable en su inteligibilidad o verdad para el humano entendimiento. Lo que se pretende afirmar es otra cosa: el poder de la inteligencia humana para de-velar y aprehender al ser trascendente, en su calidad propia, en sucesivas facetas, sin agotarlo jamás; el poder de clarificar y profundizar los aspectos del ser ya conocidos en una más precisa y más honda aprehensión y expresión conceptual y oral, en una palabra, dejar bien asentada la posibilidad de *comunicación inmediata y evidente del intelecto con el ser*, de modo que aquél pueda ir penetrando más y más *sine fine* en amplitud y profundidad en la realidad inagotable de éste.

Esta filosofía, precisamente por su origen objetivo trascendente, es esencialmente *única* en sí misma. Los filósofos, que se ubican en el camino de acceso a ella, son muchos, pues ninguno de ellos llega a posesionarse plenamente de ella, ni siquiera de los mismos sectores del ser y en la misma medida de amplitud y profundidad de algunos de ellos. Frente a quienes se alinean en esta auténtica posición de acceso a la verdad del ser, tal filosofía se presenta como un *ideal*, por cuya posesión definitiva deben trabajar todos los verdaderos filósofos de todas las generaciones, sabiendo sin embargo de antemano que llegarán a posesionarse de ella sólo imperfectamente.

Por otra parte es evidente que la aprehensión o presencia inmediata del ser en la mente es imposible sin la mediación de la actividad de la inteligencia, incluso de la actividad *a priori* de la misma, para adaptarlo y ubicarlo al modo y nivel propio de aprehensión del intelecto humano en su condición encarnada, que, aun siendo espiritual, no puede ponerse en contacto con el ser sino a través de los datos concretos de los sentidos, y, consiguientemente, comenzando por el ser material, su *primum cognitum*. Mas esta actividad *a priori* que hace posible la aprehensión del ser cognoscente no debe afectar en modo alguno al *objeto* mismo conocido, sino únicamente al *modo subjetivo* de captarlo, a fin de que éste no penetre y deforme el ser del objeto. La actividad mental es sólo una condición *a priori* para posibilitar la *de-velación* o *cognoscibilidad en acto* de la verdad objetiva del ser; pero de ningún modo puede ser constitutiva del objeto o ser aprehendido². Una vez cumplida esta labor *a priori*, previa al acto cognoscente, cuya misión se reduce a colocar al objeto en el nivel de visualización de la mente humana, el ser trascendente, en lo que realmente es bajo algunos de sus aspectos, debe manifestarse y hacerse *evidente o presente en su misma realidad trascendente* de un modo inmediato en *el acto aprehendente del intelecto*.

3. - "*La Filosofía como ciencia estricta*" Sin las restricciones arbitrarias de la "epojé", el método fenomenológico instaurado por Husserl, coincide con el método de la evidencia objetiva de Santo Tomás, y es el que nos conduce a una *auténtica filosofía, como de-velación y aprehensión del ser o verdad trascendente*, a una "*filosofía como ciencia estricta*" (Husserl), en oposición a las filosofías como *Weltanschauung* o *construcción sistemática subjetiva*.

La diferencia esencial que separa la filosofía de Santo Tomás de la de Husserl consiste en que el ser de-velado en la aprehensión evidente no es un ser arbitrariamente disminuido por las "epojés", un ser sólo trascendente en la interioridad de la conciencia, sino un *ser dado en la conciencia como realmente distinto y trascendente a su acto*. Esta limitación del objeto en Husserl, no sólo es arbitraria, ni críticamente fundada, sino que además mutila y deforma el hecho evidente del conocimiento, tal cual se manifiesta inmediatamente en la conciencia: el de que el ser inmediata y evidentemente aprehendido en el acto del entendimiento se presenta en éste *como trascendente e irreductible a él*. El ser objetivo hace su epifanía en la conciencia como trascendente al acto subjetivo que lo aprehende, como siendo realmente en sí y como tal intencionalmente presente en el acto cognoscente. La objetividad intencional del ser en la conciencia se presenta como una *penetración y presencia* en ella de un ser *realmente trascendente o presente en sí*, con existencia actual o posible.

La segunda y fundamental diferencia -íntimamente vinculada a la anterior- que separa al Tomismo de la Fenomenología de Husserl, finca en que una verdadera filosofía no puede detenerse en una mera descripción del objeto aprehendido y sólo presente en la conciencia en cuanto aprehendido. En posesión inmediata y evidente del ser auténticamente trascendente bajo algunos de sus aspectos, la inteligencia está capacitada, y debe hacerlo, para des-cubrir aquello que lo constituye y da razón o justificación de su ser: *sus principios y causas*. Y en la luz de éstos debe buscar, des-cubrir las exigencias que el ser trascendente impone al ser y actividad humana o, en otras palabras, debe empeñarse en descubrir y formular las normas que expresan tales exigencias y que señalan el camino del perfeccionamiento o acrecentamiento del ser y de la actividad humanas y, mediante ésta, de las cosas mundanas. La formulación de las normas para el perfeccionamiento de la propia actividad libre de la voluntad

humana, constituyen las *normas morales*. Las normas para el perfeccionamiento de las cosas a fin de hacerlas *bellas* o *útiles*, constituyen las *normas artísticas y técnicas*, respectivamente. Todas ellas expresión del deber ser o exigencias del ser. .

Las normas para el perfeccionamiento de la actividad especulativa o contemplativa de la verdad de la inteligencia, constituyen las *normas científicas, filosóficas y teológicas*, que ordenan a la inteligencia hacia la verdad en su respectivo sector. Cuando todas estas normas llegan a penetrar y ordenar de una manera permanente la actividad práctico-artística-técnica de la voluntad y la especulativa de la inteligencia, dan origen a las *virtudes y hábitos*, que, respectivamente, enriquecen las dos grandes facultades del espíritu humano.

Estas normas para el perfeccionamiento de la actividad humana en sí misma o actuando sobre la realidad, son las normas de la *cultura* o *humanismo*, que configuran la senda del perfeccionamiento humano en las cosas exteriores y en el propio hombre, para que luego éste con su actividad libre realice o llegue a la consecución de los bienes o valores respectivos, con lo cual esta actividad humana resulta verdaderamente *humanista* u *obra de cultura*, un real perfeccionamiento o actualización ontológica del hombre sobre el ser de las cosas y sobre su propio ser.

4. - *La sistematización filosófica fundada en el ser*. La organización sistemática de una filosofía semejante, resulta no ya de una construcción a priori sino de una *aprehensión inmediata de un orden ontológico del ser mismo*. Esta filosofía expresa el ser en sus diversos aspectos y causas y en su proyección de realización o exigencias ontológicas normativas, que emanan de él y se formulan como exigencias de bien o valor, es decir, como exigencias del ser para el perfeccionamiento del ser de las cosas y del hombre. Cuando esta aprehensión y profundización de las causas es objetiva, o sea cuando ella se atiende cuidadosamente a la evidencia o manifestación del ser mismo y de sus exigencias en busca de su fundamento intrínseco y extrínseco, sin dar lugar a la penetración de elementos subjetivos, *el sistema refleja y es expresión cabal del orden objetivo*: es la *presencia* misma en la *mente* de una *realidad trascendente* en sí misma organizada. *El orden sistemático en la mente de una auténtica filosofía surge como expresión fiel de un orden ontológico objetivo*.

5. - *Philosophia Perennis*. Tal el sentido de la *Philosophia perennis*, de que hablaba Leibniz: la filosofía que no quiere crear o arreglar nada de la realidad desde la subjetividad, sino aprehender el ser inmediatamente dado a la conciencia, y desde él profundizar en los estratos ontológicos ocultos que lo determinan o dan razón de lo que él es, desde él mismo -sus razones o *causas intrínsecas*- o desde fuera de él -*causas extrínsecas*-.

Esta filosofía es *perennis*, porque no es arbitraria creación subjetiva, sino aprehensión evidente del ser y sus conexiones y como tal, no puede cambiar: lo objetivamente visto una vez por la inteligencia con evidencia, seguirá siendo así, es decir, *verdad* para siempre. Porque si pudiera acontecer más tarde que esa misma aprehensión del ser, no hubiese sido captación fiel del mismo, tampoco hubiese sido antes aprehensión evidente del ser en su verdad o realidad en aquel preciso momento y, contra la evidencia misma, nunca hubiese sido aprehensión de la verdad del ser. De aquí que el aspecto del ser aprehendido una vez como inmediatamente evidente, no puede jamás dejar de serlo y constituye una verdad para siempre.

5. - *Progreso y originalidad en la Philosophia Perennis*. Claro que esta formulación filosófica sistemática de la realidad, si bien es perenne o para siempre, no significa que es estática acabada; porque, por una parte, el ser es en sí mismo inagotable e incluso infinito, pues incluye a Dios, y, por otra parte, la inteligencia humana puede enriquecerse con una visión, cada vez más amplia, que abarca nuevas facetas del ser y con una visión cada vez más profunda de un aspecto ya conocido del mismo.

La verdadera filosofía, que se funda y nutre exclusivamente del ser trascendente, debe desarrollarse continuamente, debe crecer y perfeccionarse en un doble sentido:

Objetivamente, con el enriquecimiento de nuevos aspectos ontológicos del ser, que nunca acaba de entregarse o *de-velarse* en todos sus recónditos repliegues, y con nuevas profundizaciones en los aspectos ya conocidos del mismo.

Subjetivamente, porque el hombre es un ser temporal e histórico, inmutable en su *essencia*, pero en cambio continuo en su *existencia* concreta. De aquí que, si la aprehensión de una verdad o faceta del ser es intemporal y

perenne en sí misma y, por eso mismo, inmutable, sin embargo puede cambiar el modo de expresión de la misma, de acuerdo al cambio existencial del hombre en su encarnación histórica.

No hay cambio en la verdad por *sustitución*, afirma Pío XII en la encíclica *Humani Generis*. La afirmación contraria implica *relativismo* o *historicismo*, que a su vez es una forma de escepticismo. Si una verdad únicamente lo es para su tiempo y deja de serlo en el tiempo siguiente, según decíamos hace un momento, tampoco fue verdad antes y se diluye enteramente como verdad. La verdad, como presencia inmediata y entrega evidente del ser trascendente a la conciencia, es substituida, en el historicismo o relativismo histórico, por una formulación emergente de la subjetividad o libertad puramente temporal, sin esencia permanente inteligible y, como tal, irracional. El juicio o afirmación adquiere el carácter de una simple expresión inteligible, determinada por un movimiento enteramente histórico irracional (Dilthey y Simmel).

6. - *Los esfuerzos en busca de la Philosophia Perennis*. En la búsqueda de esa filosofía perenne, expresión cabal y ajustada del ser y de sus exigencias y de los principios que lo justifican y proyectan hacia su perfeccionamiento, se han esforzado los grandes filósofos de todas las épocas.

Con su observación objetiva de la realidad, el descubrimiento de la lógica y su raciocinio riguroso, Aristóteles colocó a la inteligencia en la recta senda que conduce al descubrimiento de la verdad del ser y a la consiguiente elaboración de la *philosophia perennis*, determinada y estructurada toda ella sobre el mismo ser. La justa ubicación de la inteligencia frente al ser, el rigor de los principios ontológicos de-velados del mismo ser, han permitido que las mismas imprecisiones, obscuridades y hasta desviaciones de la filosofía aristotélica puedan ser esclarecidas y rectificadas en la luz de sus propios principios.

A Santo Tomás estaba reservada esa obra de profundización de tales principios, puestos en evidencia por el Estagirita, a fin de precisar con ellos sus obscuridades e imprevisiones y rectificar sus desvíos, a la vez que completar el pensamiento llenando sus ausencias y enriquecer el ámbito de la filosofía mediante la conducción de tales verdades y principios a zonas insospechadas por el propio Aristóteles, sobre todo en el plano metafísico, a la vez que incorporar todo un mundo de verdades desconocidas por el Filósofo griego, descubiertas pero mal conceptualizadas y formuladas por Platón y otros filósofos y acuñadas todas ellas dentro de una nueva sistematización, organizada sobre la evidencia del ser y de sus principios ontológicos.

La observación de la realidad y el descubrimiento de sus principios ontológicos con que Santo Tomás elabora su filosofía, están tan exactamente ajustados a la inmediata de-velación del ser y de sus exigencias, que su filosofía, incorporando todo cuanto de verdad había en Aristóteles, Platón, San Agustín y otros filósofos anteriores a él, lejos de resultar un sincretismo, por el rigor y objetividad de sus procedimientos, resulta una síntesis orgánicamente trabada, como expresión fiel de la realidad. Más aún, no sólo expresa con meticulosidad la realidad en toda su complejidad, a veces paradójica, sino que esta síntesis objetiva y orgánica permanece siempre abierta a un continuo enriquecimiento por conquistas de nuevos aspectos de esa realidad o por profundización de facetas ya de algún modo des-cubiertas pero capaces de ser puestas bajo nueva luz inteligible con el cambio introducido por el hombre en su propia perspectiva histórica junto con el mundo circundante.

El tomismo es, por eso, "una filosofía como ciencia estricta", una filosofía *perennemente verdadera, pero no acabada*, en continuo crecimiento o incorporación de nuevos aspectos o aspectos más profundizados de la verdad del ser, y también por una más profunda y clarificadora visión de las verdades ya vistas.

De ahí la *posibilidad y deber de originalidad* de todo auténtico tomista. Su misión no es repetir fórmulas ni principios, sino repensarlos. re-creando el sistema paso por paso desde sus primeras aprehensiones evidentes hasta sus últimas conclusiones, realizadas siempre bajo la luz de la evidencia del ser con rigor y fidelidad a sus exigencias ontológicas, y más todavía acrecentarlos con la introducción de la problemática de nuevos aspectos del ser, que trae la cultura de cada época en sus diversos sectores. Todos los problemas aportados por las circunstancias históricas en que se vive, deben ser objeto de meditación, por parte de todo auténtico tomista, para esclarecerlos y darles verdadera solución en la luz de los principios perennes del ser.

De hecho nadie podrá negar la originalidad de algunos grandes tomistas contemporáneos como Maritain, Gilson y Fabro, entre otros. Su pensamiento filosófico verdaderamente creador y original, es a la vez fielmente tomista, porque está organizado con sus principios y verificado con la verdad del ser.

7. - *Otros intentos en busca del descubrimiento de la Philosophia Perennis*. El intento del descubrimiento de una filosofía rigurosa, fundada estrictamente en la evidencia, en aquellas verdades que nadie puede negar o poner en duda, se ha repetido en otros filósofos a través de la historia.

Fue precisamente Leibniz quien acuñó la fórmula de "*Philosophia Perennis*", como conjunto de las grandes verdades de la filosofía, que de un modo u otro permanecen inmutables a través de los cambios de la historia de la Filosofía.

Pero hay dos grandes filósofos, uno al comienzo de la Edad Moderna y otro al comienzo de la contemporánea -dependiente éste de aquél- los cuales, dejando de lado todos los sistemas anteriores, se han empeñado por elaborar una *filosofía estricta*, basada en evidencias absolutas, y de cuya verdad nadie pudiera dudar.

Intentaron organizar el núcleo de verdades evidentes, aceptable por todos los filósofos y por todos los hombres, cualesquiera sean sus posiciones en otras tesis opinables. Ambos, *Descartes* y *Husserl*, parten de la evidencia del acto de la conciencia intelectual.

Mediante la duda metódica universal Descartes pone entre paréntesis todas las verdades, aun las más evidentes, en busca de la verdad fundamental y de la cual no se puede dudar, por más que se esfuerce en lograrlo. En su intento por dudar de todo, cobra conciencia de que es imposible dudar de su existencia, como que ella está implicada en la misma duda: "*Cogito, ergo sum*", "Dudo, o pienso, luego existo". Sin la existencia hasta la duda pierde todo sentido.

En el descubrimiento de esta verdad fundamental Descartes encuentra a la vez el *criterio de toda verdad*. En efecto, si no se puede dudar sin existir, es porque la inteligencia lo ve "clara y distintamente". Luego el criterio para descubrir toda verdad consistirá en la "*claridad y distinción de las ideas*". Con este criterio Descartes reconstruye el mundo de la realidad humana, mundana y divina, en un sistema que él creyó objetivamente fundado y de valor indubitable para todo filósofo.

La misma intención orienta los pasos de Husserl en la determinación precisa de una "*Filosofía como ciencia estricta*" y en "*Meditaciones cartesianas*", mediante el método fenomenológico por él descubierto y adoptado. Con este método Husserl quiere dejar de lado las certezas naturales, prescindir de ellas sin negarlas, para atenerse a las certezas absolutas e indubitables a todo hombre, develadas por la *intuición* y la *evidencia* en el seno mismo de la conciencia. Sea cual fuere el destino final de las certezas naturales, hay un núcleo de verdades que con toda evidencia se presentan inmediatamente en la conciencia de cada uno ante la intuición intelectual y de las cuales nadie puede dudar. Ese núcleo de verdades, de las que se ha ocupado Husserl por descubrir con todo rigor, constituye "*la filosofía como ciencia estricta*", la única filosofía estrictamente tal. A ella opondrá el filósofo de Friburgo la Filosofía como *Weltanschauung* o concepción del mundo, como modo opinable de ver las cosas.

8. - *La Philosophia Perennis, meta de todos los auténticos filósofos*. Si dejáramos de lado a los filósofos que más bien han elaborado construcciones *a priori*, como *maneras subjetivas* de ver o reconstruir la realidad -Kant y sobre todo los idealistas trascendentales que le siguen: Fichte, Schelling y Hegel, y modernamente Gentile y Croce- y otros, como los empiristas, que han sustituido el ser *trascendente* de las cosas por su *mero aparecer* o *fenómeno* en el sujeto, todos los auténticos filósofos han intentado llegar a una *Philosophia Perennis*, a la aprehensión inmediata y evidente del ser de la realidad. Todos se han propuesto la conquista de las verdades absolutas e indubitables, obtener la formulación de un sistema capaz de ser aceptado con certeza por todos los hombres. Desde luego que no siempre lo han conseguido. Pero lo importante en este trabajo es subrayar que *la meta propuesta por toda auténtica filosofía y todo auténtico filósofo no es otra cosa que lograr la visión evidente de las verdades absolutas*, para elaborar así una *filosofía que no sea sino la develación y expresión estricta de la verdad del ser trascendente*, sin introducción de elementos espúreos a la verdad misma, y que, por eso mismo, pueda y deba ser aceptada por todos los auténticos filósofos. Descartes y Husserl se lo han propuesto expresamente, según acabamos de ver, buscando el núcleo de verdad objetiva iluminados por la evidencia y asequible por la intuición inmediata de la inteligencia. Si no han logrado alcanzar la visión evidente del ser trascendente, ha sido por la limitación o vicio del método adoptado por ambos. La verdad es que casi han llegado a ella, la han vislumbrado y han estado muy próximos a alcanzarla plenamente. Con la rectificación de su método

Descartes y Husserl hubiesen llegado a su elaboración de una filosofía estricta, estructurada toda ella sobre el ser inmediata y evidentemente manifestado a la intuición de la inteligencia.

Porque, eso sí, como dice Maritain en su último libro³, no hay verdadera filosofía si ella no alcanza a aprehender y expresar el ser trascendente y sus exigencias ontológicas, en una palabra, si no está estructurada como develación de la realidad objetiva. Todo otro sistema, total o parcialmente construido desde la subjetividad, con sensaciones y conceptos *a priori* y subjetivos, sin tener en cuenta de continuo y en todos sus aspectos el ser trascendente como *único objeto* que la determina, no es filosofía, sino una mera manera subjetiva de ver las cosas o *logosofía* que dice el ilustre tomista francés.

9. - *La Philosophia Perennis lograda por Santo Tomás*- De hecho la *Philosophia perennis* no sólo existe como ideal, según dijimos antes, sino que aun de hecho ha sido elaborada, al menos en sus líneas esenciales. Porque ya dijimos que las verdades ontológicas, una vez descubiertas, expresadas y articuladas con las otras verdades en un sistema filosófico, de acuerdo a las imposiciones evidentes con que el ser trascendente y sus exigencias hacen irrupción en la inteligencia, no pueden cambiar ya más. Tales verdades descubiertas -a veces con deformaciones por no atenerse a la evidencia del objeto- por los grandes filósofos a través de la historia, han sido decantadas, purificadas e incorporadas a un sistema orgánico, ajustado a la realidad, primeramente por Aristóteles y luego y sobre todo por Santo Tomás. Ambos tomaron todo lo auténticamente evidente del ser que otros filósofos, a las veces parcial o deformadamente habían develado, y así consiguieron elaborar un sistema que se atiene a las exigencias del ser trascendente.

Todo lo auténtico o verdadero, anteriormente descubierta en el ser, encuentra en este sistema su lugar exacto, porque su *estructura lógica* o conceptual está en entera dependencia de una *estructura ontológica*, como su expresión fiel y cabal.

De un modo especial los aportes del método cartesiano y, más todavía, del método fenomenológico de Husserl, logran en la concepción tomista toda su significación y desarrollo, precisamente porque en la evidencia del ser en que se cimienta y nutre todo el sistema de Santo Tomás, son liberados de sus limitaciones y aún de sus desviaciones consiguientes a la limitación del objeto, introducida arbitrariamente o sin crítica por el método de la duda universal o de la fenomenología con las "epojés".

Esta Philosophia perennis no es un sistema acabado, según ya advertimos, precisamente porque *la verdad o manifestación inteligible del ser es inagotable*. La verdad de esta *Philosophia perennis* reside en su adecuación fiel con el ser, en estar insertada y alimentada en todos sus pasos intelectuales por él, y, por eso mismo, *puede y debe crecer incesantemente* con los nuevos aportes con que el ser se va manifestando y con la profundización de sus facetas ya descubiertas. En una palabra, la *Philosophia perennis*, elaborada sobre el ser trascendente, está, por eso mismo, en continuo crecimiento por aumento del acervo objetivo o de la verdad o inteligibilidad inagotable del ser, que se va *develando* sin cesar en el acto de la inteligencia, cuando ésta permanece atenta y fiel a sus manifestaciones o develaciones evidentes.

Otro segundo modo de crecimiento de la *Philosophia Perennis* finca en la renovación constante o actualización de su modo de expresión, de acuerdo al cambio temporal histórico del propio hombre y de la proyección de su mirada sobre las cosas. Las verdades, esencialmente las mismas e inmutables, logran nuevo fulgor, ubicadas en una nueva perspectiva histórica o expresadas en una formulación actualizada de acuerdo a esa situación. El hombre es un ser histórico aún cuando aprehende y formula verdades eternas.

Todos los esfuerzos de la filosofía, para ser fecundos, han de fundamentarse sobre esta *Philosophia perennis* o, si se prefiere, sobre una ubicación adecuada de la inteligencia, que le permita ver y aprehender mejor el *ser*, y desde él poder develar nuevos aspectos del mismo, profundizar en los ya conocidos, conferirles la expresión justa y actualizada de acuerdo a la nueva perspectiva histórica y de la propia filosofía.

De ahí que la actitud del Concilio Vaticano II, de apertura y acogida del mundo contemporáneo, de ayuda a la cultura actual, de aproximación a ella para lograr purificarla, salvaguardarla y fundamentarla en sus auténticos valores, no tenga nada de contradictoria, cuando orienta esa misma cultura y ese mundo actual a la *filosofía tomista*, porque tiene conciencia de que en esos principios del Aquinate -que no envejecen y que, como el ser que los alimenta y estructura, son perennes y siempre actuales-, está la solución de los problemas del hombre de hoy y de todos los tiempos.

¹ J. MARITAIN, *Le Paysan de la Garonne*, p. 147 y sgs., Desclée De Brower, 7^a ed., París, 1966.

² Cfr. Mi trabajo, *Los distintos sentidos del a priori en la filosofía contemporánea y en el Tomismo*, en *Sapientia*, n. 86, octubre-diciembre de 1967, págs. 245 y sgs.

³ J. MARITAIN, *Le Paysan de la Garonne*, *loc. cit.*, especialmente pág. 159 y sgs.

O. N. DERISI
Universidad Católica Argentina
"Santa María de los Buenos Aires"